

HABITAR CAMINANDO, CONSTRUIR HABITANDO. LA PRODUCCIÓN DEL PAISAJE Y LAS ESPACIALIDADES DE SECTORES POPULARES EN EL SUBURBANO DEL GRAN CÓRDOBA

Santiago Llorens¹

INTRODUCCIÓN



Figura 1: Fotografía S. Llorens

1 Becario SECyT. Docente del Dpto. de Geografía, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Miembro equipo proyecto de investigación “Políticas espaciales y espacialidad de la política: vinculaciones y co-implicancias”, aprobado por SECYT, UNC.

“De todos los términos que usamos para describir el mundo en que vivimos, (el espacio) es el más abstracto, vacío, el más alejado de las realidades de la vida y la experiencia” sostiene el reconocido antropólogo Tim Ingold (2011). La pregunta que realiza es, entonces, cómo y a través de qué razonamientos y prácticas hemos llegado a un concepto tan abstracto. La respuesta la encuentra en lo que denomina *lógica de la inversión*, según la cual tanto humanos como no-humanos *ocupan* el mundo más que *habitarlo*. La base de esta inversión es la que intentaba desafiar H. Lefebvre al reprochar la primacía especulativa de lo concebido sobre lo vivido y la consecuente expulsión conjuntamente a lo vivido de la práctica (Lefebvre, 2013). Inversión que ya reconocía R. Kusch al plantear “la trampa lógica para vivir” que “invierte el orden de las cosas para hacer depender el existir mismo de la afirmación abstracta” (Kusch, 2008).

Siguiendo estas reflexiones, el presente texto recupera elementos de un trabajo etnográfico vinculado con la producción del paisaje y las espacialidades de sectores populares de un barrio suburbano del Gran Córdoba, Argentina (Las Polinasias, Villa Allende) para argumentar como indica D. Massey *Por el espacio* ([2005] 2008). En este recorrido se problematiza la experiencia del paisaje barrial desde tres ejes: a) el paisaje y la tensión entre inmersión vs. distanciamiento sujeto-mundo; b) el desplazamiento y caminar en la co-producción y experiencia del paisaje; c) el construir habitando como característica particular de los paisajes populares. Se considera que reflexionar en esta línea presenta potencialidad crítica y política al evitar las abstracciones formalizadas y situarse en las relaciones practicadas *en/de* la ciudad, y al viabilizar diálogos entre enfoques *más que representacionales* y postoccidentales.

Las ideas que se delinean a continuación son complementarias de una investigación más amplia que pretende comprender la co-producción del paisaje y su constante reinención a través de las luchas y negociaciones de distintos colectivos en un barrio de bajos recursos del Gran Córdoba, Las Polinasias, en Villa Allende. En ese abordaje se han llevado adelante distintas estrategias de trabajo de campo realizándose observación participante, entrevistas en profundidad, grupales, acompañamiento desde un proyecto de extensión y el análisis de distintas fuentes documentales, cartográficas y estadísticas².

Sin embargo, el presente texto no tiene como objetivo tematizar estas cuestiones, sino realizar algunas reflexiones complementarias

² A su vez, durante el año 2014 se acompañó desde un equipo del Dpto. de Geografía (FFyH, Universidad Nacional de Córdoba) en la realización de un diagnóstico participativo para el desarrollo de un Sistema de Información Territorial de la situación urbana y dominial. El objetivo fue contribuir a la producción de herramientas que permitan encarar acciones para acceder a la titularidad registral del suelo que habitan.

que surgen de los modos de aproximarse al trabajo de campo y del intento de interpretar el espacio y las prácticas en términos más sensibles, procesuales y abiertos.

“POSTALES DE LAS POLINESIAS”.

“...la idea de paisaje seguía siendo sobre todo una apropiación de la escena visual por los sentidos y el intelecto en lugar de un compromiso activo con él en los procesos de la vida humana orgánica y productiva”
(Cosgrove, 1998: 140-141.
Remarcado me corresponde).

“La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes”
(Marx, *La ideología alemana* 1974:19).

Mientras salíamos caminando de su casa en construcción, luego de haber conversado bastante, más de una hora, Wilson acompañándome hasta el portoncito improvisado de maderas de descarte y alambre tejido que da a una calle de tierra, me comenta algo así como:

“Las Polinesias es ..., como otro lugar en Villa Allende, ... vos venís un domingo, caminas por el barrio, toda la gente está comiendo asado, escuchando música, en todas las casas, ... revocando alguna pared, arreglando su casita, capaz que después se juntan con algún vecino y capaz que se ponen a tomar vino, tocar la guitarra...” (Wilson).

Una vez que me despedí me encontré bajando la loma donde se situaba su vivienda. Estaba oscureciendo y era la primera vez que pisaba este sector del barrio, de reciente ocupación, denominado localmente como “el alto”. Tenía que caminar un par de cuadras por una pendiente pronunciada (Fotografía 1) en la que el alumbrado público se encontraba totalmente ausente. Supuestamente se trataba de una calle -al menos así lo indicaba el plano oficial del catastro municipal-, pero que se asemejaba más a una huella o sendero típicamente serrano. Colocando los pies con bastante precaución debido a la escasa *visibilidad*, con la cabeza y mirada hacia abajo a pesar de que esto no mejorara mi visión de la superficie, tratando de afirmarme en la huella entre los surcos y piedras sueltas arrastradas por el agua que escurre por las pendientes durante las lluvias estivales, y esquivando pequeñas matas de plantas silvestres crecidas sobre el camino, esas tres o cuatro cuadras me resultaron bastante más largas de lo habitual. Sin embargo, mientras caminaba este trayecto la *visión* del barrio dada por

Wilson me había quedado rondando por la cabeza. Al fin llegué a la calle asfaltada que ingresa al barrio zigzagueando entre las lomas y que actúa como única vía de articulación con Villa Allende, donde tenía que esperar la “trafic” -un improvisado servicio público de pasajeros-, que me acercaría hasta dicha localidad. Fue en aquel momento que me senté en el cordón de la vereda, saqué cuaderno de campo y lápiz, y escribí. “Postales de Las Polinesias”.

Había leído bastante sobre paisaje en geografía, antropología y arte entre otros, y la cuestión del panorama, de la *visión* ocupaba casi toda mi reflexión. No obstante, tenía la sensación de que la *imagen* que había dibujado Wilson en su comentario se distanciaba del *panorama* mirado desde el exterior, propio de la idea dominante de paisaje.

En ese entonces, se convirtió en una obsesión la cuestión de buscar un punto de vista elevado, con la distancia apropiada para que la visión se abriera al horizonte y de esta manera contemplar el paisaje barrial. Intenté entonces encontrar cada uno de los puntos elevados del barrio, me aboqué a sacar fotografías. Las ondulaciones del relieve me lo permitían en parte, aunque pocas veces quedaba satisfecho por los panoramas logrados. El paisaje dibujado por Wilson no asomaba en mi horizonte.

Fue posteriormente, cuando realicé más entrevistas, observación participante, literalmente caminé el barrio, subiendo o bajando sus lomas o pendientes; mañanas, tardes y noches, en solitario o acompañado por vecinas y/o vecinos, para dirigirme a alguna casa, a la escuela o por alguna otra circunstancia, que comencé a poder interpretar cabalmente aquella frase expresada por Wilson.

Esto también implicó que prestara mayor atención a aquella experiencia del descender por las pendientes pronunciadas, los extenuantes recorridos por esos senderos o calles prácticamente verticales, obligándonos a poner los pies con más precaución, con la cabeza y la vista hacia abajo. Recién en ese entonces, me percaté que estar rodeado por la oscuridad, como en aquella primera entrevista con Wilson, con la mirada hacia abajo, era literalmente mirar con los pies o mejor dicho con el cuerpo. Eran los pies, las piernas y una postura del cuerpo en un equilibrio diferente al habitual, es decir una sensibilidad háptica y cinética -y no solo visual- en la que el entorno “*se nos hace carne*” (Kusch, 1994:21) la que me señalaba que me encontraba entre los pliegues del paisaje.

Prestemos atención a sus palabras: “vos venís un domingo”, “caminás por el barrio”, “la gente comiendo asado, escuchando música”, “revocando alguna pared”, “arreglando su casita”. Todo esto hacía referencia a cuestiones que difícilmente ingresarían en la *idea* dominante de paisaje. Emergía como en la frase del inicio, “...la existencia de indi-

viduos humanos vivientes” (Marx, 1974:19) y se distanciaba de la idea de paisaje como “...una apropiación de la escena visual por los sentidos y el intelecto...” (Cosgrove, 1998: 140-141).

Claramente la frase de Wilson abarcaba más que la escena, manifestaba un compromiso activo más que el distanciamiento contemplativo, hablaba de ritmos, de actividades y movimientos, y tenía que ver, según indicaba Marx, tanto con la vida orgánica como productiva. “Vos venís un domingo” era una invitación a entrar a un barrio vivo, al habitar que se producía en la participación con/en la vida, más que una escena visual representada a la distancia. Era además un barrio vivo, en proceso, pero no sólo en/por sus elementos humanos. La fuerza del agua que desciende y lava las calles, la lluvia y el viento que cortan los cables y que “levantan los techos”, las plantas silvestres que crecen en calles o senderos menos transitados y espacios no construidos. Estas, como tantas otras cosas son elementos cotidianos del paisaje, pero no porque te situaras a la distancia sino porque te encuentras inmerso en él, menos porque estés rodeado -como interpretan muchas veces al referir al medio-, sino porque siendo parte de estas fuerzas, te encuentras enredado en ellas.

Fue cuando leí el libro de Doreen Massey, *Por el espacio* ([2005] 2008), que logré articular estas experiencias de campo con las perspectivas teóricas e intelectuales. Es que no se expresa sólo un cambio en la percepción o en el concepto, es un *cambio de ontología*. Entre aquel que vive el mundo como espectador, que se ha distanciado para poder “observarlo” y aquel que lo habita desde su interior. Esta es la lógica de la inversión que denunciaba Ingold (2002, 2011) y que observara Lefebvre con la primacía de lo especulativo sobre lo vivido propio de la producción del espacio abstracto (Lefebvre, 2013), o los intentos de hacer depender el existir “de la afirmación abstracta” (Kusch, 2008).

Siguiendo estos ejes, en los próximos apartados argumentaré a favor de una noción de espacio y paisaje que escape a dicha inversión (Lefebvre, 2013; Massey, [2005] 2008).

PAISAJES Y HORIZONTES SOCIALES: LAS POLINESIAS EN LA “ARISTOCRÁTICA” VILLA ALLENDE

La construcción del horizonte, del sujeto que se sitúa a la distancia para contemplar, observar, cuantificar o manipular un objeto posee una génesis histórica. En este proceso cierta conceptualización de paisaje, cierta “imagen de mundo” en el sentido expuesto por Heidegger, posee una dimensión central como trataré de expresar a continuación. Con este objetivo presentaré primero a Las Polinesias en el marco de la localidad donde está situada, luego me centraré en las distintas formas en que el término paisaje ha sido tematizado en ciencias sociales y espe-

cialmente en el enfoque -dominante- que tiene que ver con la construcción de la mirada, para por último volver al caso analizado y alumbrar algunas consecuencias según los presupuestos teóricos desarrollados.

“Las Polinesias” nace como un loteo residencial en una tradicional y elitista villa veraniega de familias de la aristocracia cordobesa capitalina de fines del siglo XIX. Sin embargo Las Polinesias surge a mediados del siglo XX -1948-, en momentos en que la democratización del bienestar amplía la práctica del turismo a los sectores medios y populares en Argentina. Las vacaciones pagas, el viaje, el conocimiento del territorio nacional, su cultura y el turismo social se convirtieron en agenda pública. Las serranías cordobesas ya constituidas en atracción turística durante las dos décadas previas, adquieren posición preponderante dentro de las propuestas o circuitos turísticos del país (Patoriza, 2011). En este contexto, la mayoría de los lotes de Las Polinesias fueron adquiridos para casa de veraneo por familias trabajadoras de Capital Federal, Buenos Aires y Santa Fe en comodísimas “mensualidades”, pero sólo tres llegaron a edificar.

Desde la década de 1990, “el Pilar Cordobés”³ como se la denominó a Villa Allende, se convierte en lugar de residencia de diversos sectores poblacionales medios y altos provenientes de la ciudad de Córdoba. La accesibilidad y proximidad al departamento capital, una explícita política urbana promovida por el gobierno municipal, conjuntamente al impulso de desarrollistas inmobiliarios fueron centrales en este proceso que reforzaron la elitización y segregación residencial a través de nuevas tipologías de urbanización y vivienda. A la par de este proceso, sectores de escasos recursos socioeconómicos, quienes se vieron imposibilitados de entrar en un mercado de suelos con precios cada vez más elevados, han desplegado diversas estrategias y prácticas de acceso al suelo urbano que pasan (en el ámbito estatal) a ser consideradas como informalidad urbana. Este es especialmente el caso de Las Polinesias, ocupado actualmente casi en su totalidad de hecho, sus habitantes no poseen la titularidad de los lotes en los que residen, y si bien la construcción de infraestructura, servicios y características de loteo y edificación le fueron dando a *Las Polinesias* un carácter definido de barrio estructurado, correspondiendo según la tipografía especializada a un barrio con irregularidad dominial, gran parte de la población externa al mismo la denomina como “*villa*”.

Sin embargo, para comprender mejor la dinámica de Villa Allende

3 El Suplemento “*Countries*” del diario Clarín 02/09/2002 refería de esta manera a Villa Allende asimilándola al emblemático caso del partido de Pilar -Buenos Aires-, que absorbió durante la década de 1990 a más de la cuarta parte de las urbanizaciones cerradas de dicha provincia.

y especialmente la construcción de un determinado modelo paisajístico aristocrático y elitista como aun hoy se mantiene, debemos volver atrás en el tiempo y precisar en este recorrido la idea de paisaje que se estaba produciendo y sobre la que se configuran estas prácticas.

A) ESTUDIOS DE PAISAJE

Por lo general los estudios de paisaje se han estructurado en cuatro formas principales de abordaje. La perspectiva naturalista, sobre una idea de espacio continente, describe el paisaje como un escenario imparcial para las actividades humanas. En segundo lugar se encuentran un amplio abanico de perspectivas o *visiones* culturalistas. En esta línea el paisaje es una construcción que expresa la *inscripción* de un entramado simbólico o un orden cognitivo de la sociedad o de los individuos sobre el espacio o entorno. Hirsch indica que paisaje ha sido usado para referirse al significado imputado por la gente local a sus entornos culturales y físicos (Hirsch y O'Hanlon, 1995). Inscribir el espacio implica que los humanos "escriben" su presencia en una forma perdurable sobre sus entornos (Low y Lawrence Zuñiga, 2003: 13). Por lo tanto desde esta perspectiva, como observa Ingold, los paisajes se expresan como "superficies de inscripción" (Ingold, 2002). Dentro de esta posición se encuentran los enfoques más divulgados que presentan el paisaje como la construcción de un determinado modo de visión (Aliata y Silvestri, 1994; Cosgrove, 1998; Descola, 2012).

Una tercera línea corresponde a las perspectivas que frente a posiciones simbólicas o cognitivas reintroducen la dimensión material. Olwig insiste en recuperar el significado sustantivo del término paisaje "como lugar del habitar humano y de interacción con el ambiente" (Olwig, 1996: 630) concebido como nexo de comunidad, justicia, naturaleza y equidad ambiental" (1996: 631). El énfasis pasa entonces de una definición del paisaje como escenario a una noción de paisaje como política y lugar. Con un acento semejante Mitchell (2007), desde un enfoque histórico materialista, atiende a la producción material del paisaje, como resultado y medio de la producción capitalista, la explotación de la fuerza de trabajo y las luchas en juego. En estos enfoques el paisaje es menos una representación o un orden cognitivo que una dimensión material de la vida.

Por último otros autores proponen articulaciones entre perspectivas fenomenológicas, híbridas, vitalistas y el movimiento (Ingold, 2002; Wylie, 2007, entre otros). En esta línea, Ingold propone "la perspectiva del habitar", según la cual el paisaje se constituye como un registro permanente -y testimonio- de la vida y obra de las generaciones pasadas que han habitado en él, y al hacerlo, han dejado allí algo de sí mismos(2002). Más que una escena mirada a la distancia, el paisaje

tiene que ver con la experiencia de aquellos que, en sus actividades -*interactividad* (Ingold, 2002)-, llevan adelante el proceso de la vida social (conjunto de actividades que constituyen lo que denomina *taskscape*). Pero a diferencia de las posiciones culturalistas que interpretan la adquisición del paisaje como un proceso de inscripción, para Ingold el "paisaje adquiere sus formas a través de un proceso de incorporación". En palabras de Ingold: "considero la corporización como un movimiento de *incorporación* más que de inscripción, no una transcripción de la forma sobre el material, sino un movimiento donde las formas mismas son generadas (2002: 193).

Por ello los paisajes son historias, "es el mundo tal como es conocido por aquellos que en él habitan; que viven en sus lugares y se desplazan a lo largo de los caminos que los conectan" (2002: 193). En estas historias se entrelazan trayectorias de humanos y no humanos, por lo cual, el dominio de la interactividad que da forma al paisaje no debe -ni puede- limitarse a los movimientos de los seres humanos.

Una vez presentadas brevemente estas cuatro formas de abordaje, no se puede pasar por alto que una de ellas ha sido "la idea (dominante) de paisaje": aquella que tiene que ver con la inscripción de un orden cognitivo o entramado simbólico-cultural (es decir la imposición de una forma) sobre una materia presentada como inerte o pasiva. Y dentro de estas perspectivas las que sostienen el predominio de la visión en la construcción del paisaje. En esta separación entre *forma-materia* se expresa -en la perspectiva de paisaje- el "modelo *hilemórfico*"⁴. Utilizando el reconocido término de B. Latour (2007), el trabajo de purificación le da preeminencia a lo cultural o social pero se desdibuja entonces lo que no es humano: "Son los intereses e imágenes de los sujetos los que acaban construyendo la naturaleza a través de imágenes, discursos e ideas" (Zusman, 2008).

B) EL PAISAJE COMO CONSTRUCCIÓN DE LA MIRADA

Distintos autores han señalado que uno de los principales aspectos vinculados con el paisaje tiene que ver con la construcción de la mirada (Cosgrove, 1998; Zusman, 2007). Aliata y Silvestri dirán que "la historia

4 Como señala Simondon (2007), el privilegio del tradicional esquema *hilemórfico* (*hyle*: materia, *morphe*: forma) proviene de la filosofía antigua. Ingold siguiendo a Deleuze y Guattari indica que "el problema con el modelo de materia-forma, (...) es que en el supuesto de "una forma fija y una materia considerada homogénea" no reconoce, por un lado, la variabilidad de la materia -sus tensiones y las elasticidades, las líneas de flujo y resistencias -y, por otro lado, las conformaciones y las deformaciones a las que dan lugar estas modulaciones" (Ingold, 2013). Deleuze y Guattari insisten, que cada vez que nos encontramos con la materia "es materia en movimiento, en flujo, en variación" (En Ingold, 2013. Sobre el tema Deleuze y Guattari, 2008).

del paisaje es la historia de la mirada” (1994: 11). Al respecto, Denis Cosgrove comenzaba su inspirador estudio *Social Formation and Symbolic Landscape* -Formación social y paisaje simbólico-(1998), definiendo el paisaje como un “modo de ver” o de construcción de la mirada. El paisaje en este contexto se debe entender “menos como un objeto externo, físico o una mixtura de elementos “naturales” y “culturales”, y más como un modo particular, culturalmente específico de ver y representar el mundo” (Wylie, 2007: 13).

El paisaje por lo tanto expresa la representación o simbolización de determinadas actitudes y valores culturales de la sociedad -moderno occidental- y específicamente de los sectores burgueses, que estructuraba el mundo a través de distintos tipos de representaciones: pictóricas, cartográficas, “para que pueda ser apropiado por un espectador individual distante a quien la ilusión de orden y control se ofrece a través de la composición del espacio de acuerdo con las certezas de la geometría” (Cosgrove, 1985: 55).

En Argentina el género comienza a desarrollarse a fines del siglo XIX en el momento que acaban de incorporarse al dominio estatal los territorios aborígenes (Silvestri y Aliata, 2001). A su vez, una serie de trabajos se han concentrado en la construcción de ciertas figuras del paisaje vinculándolas con la construcción de la identidad nacional o regional, la apropiación del territorio, la clase social, el viaje, el veraneo y el turismo, etc. (Pastoriza, 2011; Silvestri, 2011; Zusman, 2007). Prácticas, estas últimas, relacionadas desde finales del siglo XIX e inicio del XX con las clases altas y aristocráticas (Pastoriza, 2012).

Respecto al caso de Villa Allende, ésta se desarrolló como pequeña villa veraniega durante la última década del siglo XIX. Serán sectores de una reciente burguesía comercial o intermediaria, vinculados además con el negocio de la tierra, y aprovechando su articulación con el poder político municipal, provincial y nacional, los que dan impulso al loteo en 1889.⁵ Con “humos aristocráticos” (Romero, 2014), liberales en lo económico pero conservadores en lo político (Moyano, 2012), estos sectores a través de sus redes sociales, políticas y económicas se vieron beneficiados por el crédito público y realizaron gran cantidad de inversiones, entre las cuales toma importantes dimensiones las operaciones urbanísticas de modernización de la ciudad de Córdoba, y con éstas las

5 Es significativo que en el primer año del loteo -1889/90- se comercializaron más de 50 lotes. Se analizaron los índices de los archivos notariales del Archivo Histórico de Córdoba y se constata que prácticamente todos los adquirentes eran parte del restringido entramado económico, político y social de la nueva elite cordobesa con alcance provincial y nacional. Nombres vinculados con intendentes, concejales, diputados, gobernadores y miembros en distintas cartera de gobierno provincial, presidente del banco provincial y con la Universidad.

de tipo especulativo inmobiliario urbano y rural (Moyano, 2012; Boixados, 2000).⁶ Posteriormente, la llegada del ferrocarril a Villa Allende hacia 1910 y la realización de obras de infraestructura vial como el camino a Pan de Azúcar y el macadamizado hacia otras localidades turísticas de las Sierras Chicas fueron determinantes para el crecimiento de esta elitista villa. En este sentido, la creación del Córdoba Golf Club, primer club de golf de la Provincia de Córdoba y de los primeros del interior del país -1916-, y el loteo y construcción de residencias veraniegas de “familias ilustres” de la sociedad capitalina, fueron modelando el paisaje encontrándose entonces el “veraneo, la socialidad y el descanso”, como características de esta “aristocrática” villa.⁷

La iconografía del paisaje era claramente elitista. “*La “season” veraniega de Villa Allende*”⁸ integraba, “una frivolidad elegante, con la práctica de algunos deportes” (Silvestri, 2011): golf, tenis y cabalgatas. El viaje y el veraneo aún no estaban al acceso de los sectores populares, pero la idea “ya estaba instalada más allá de quienes la practican...a través de postales, guías y revistas ilustradas” (Silvestri, 2011). En este sentido, dos sensibilidades paisajísticas se entramaban en Villa Allende. Por un lado el registro que tenía que ver con la sociabilidad de las familias ilustres capitalinas y por otro aquel que Silvestri denomina como “la gracia pintoresca de Córdoba”. (Silvestri, 2011).

En el caso de Las Polinesias, muchos años después y en un contexto sociopolítico distinto, estas mismas sensibilidades cobraban referencia, a pesar de que el loteo no estuviera dirigido a dicha “aristocracia”, sino a sectores medios y populares de reciente acceso a las vacaciones por las políticas sociales peronistas.

Así, el loteo de Las Polinesias fue promocionado como “*La villa serrana del mañana*”, acompañado de iconografías de grandes casonas, “hombres” jugando al golf y frases como “*Subyugantes vistas panorámicas*”, “*un paraíso en el rincón más hermoso de Córdoba*”, que apelaban a un clima de sensibilidad paisajística (Figuras 2 y 3).

6 No puedo desarrollar aquí, pero todo parece indicar que el origen de la urbanización de Villa Allende se encuentra vinculada con esta especie de primera burbuja especulativa inmobiliaria de la historia de Córdoba. Desde 1870, con la llegada del ferrocarril a Córdoba, la ciudad y la campaña habían quedado articuladas a la economía agroexportadora y el acceso de la provincia al crédito internacional en 1886 favoreció dicho proceso especulativo hasta la crisis de 1890 (Boixados, 2000; Tognetti, 2000; Moyano, 2012).

7 El periódico “Los Principios” de la ciudad de Córdoba (11/1/1916) ponía: “entre un grupo de niñas perteneciente al selecto núcleo de veraneantes de Villa Allende ha nacido la idea de formar una plaza en este *aristocrático pueblito*...”. Se anunciaba además la reciente inauguración del golf con “los más lucidos *exponentes de sociabilidad*...” (remarcado me corresponde).

8 “Los Principios” (11/1/1916).



Figuras 2 y 3: Folleto Las Polinesias (1948). Promoción del loteo apelando para su comercialización al clima de sensibilidad paisajística de las serranías cordobesas. Se visibiliza de esta manera la relación entre paisaje, procesos sociales y económicos. Impulsado por la "Junta Pro-Fomento Turístico de Villa Allende" se comercializó en Buenos Aires, con anuncios en diarios como La Prensa, La Nación y La Razón.

Podría precisarse cómo este imaginario paisajístico elitista es recuperado con sus desplazamientos actualmente en Villa Allende legitimando e invisibilizando prácticas y políticas excluyentes, sin embargo esto desviaría del tema a tratar aquí.

Lo que intenté visibilizar en este apartado es entonces la producción de cierta "imagen de mundo" -en el sentido expuesto por Heidegger-, una ontología espectadora, elitista, reforzada por "la idea tradicionalmente asociada al paisaje como objeto visto desde fuera" (Troncoso, 2013: 246), que supone distancia y exterioridad a través de la construcción de ciertas representaciones. Evidentemente, esta no es la única experiencia del paisaje pero no podemos obviar el poder de estas imágenes y representaciones para las producciones de ciertas prácticas sociales, de identidad, territoriales y económicas. No debe tampoco pasarse por alto que en la base de esta ontología se encuentra la concepción del espacio plano, geométrico, mensurable como analizaremos en el próximo apartado.

¿CON O CONTRA EL ESPACIO?

Una de las formas posibles de enfoque de paisaje es a través de los conceptos de espacio y tiempo (Cosgrove, 1998; Hirsh y O'Hanlon, 1995; Ingold, 2002; Massey, 2006; entre otros). Se remarca que espacio y tiempo son construcciones sociales rompiendo con la idea del espacio

como decorado o escenario pasivo, o con la idea de un espacio absoluto en términos cartesianos (de Certeau, 2007; Lefebvre, 1991, 2003; Massey, 2008).

Sin embargo, Tim Ingold en su libro *Being Alive* (2011)⁹ desarrolló una serie de argumentos, literalmente, contra el espacio, *Against space: place, movement, knowledge* (Ingold, 2011 Capítulo 12). Al respecto, el autor señala que más allá de los esfuerzos recientes por reconceptualizarlo, “de todos los términos que usamos para describir el mundo en que vivimos, (el espacio) es el más abstracto, vacío, el más alejado de las realidades de la vida y la experiencia” (Ingold, 2011).

Ingold justifica el argumento indicando que el vaciado de la vida del mundo opera por lo que denomina como “*lógica de la inversión*” que se articula alas típicas dicotomías en la cultura moderna occidental. El argumento es amplio, pero por lo que aquí respecta, el resultado es que “de acuerdo con esta lógica, (la vida) es reducida a una propiedad interna de las cosas que *ocupan* el mundo, pero no, estrictamente hablando lo *habitan*” (Ingold, 2000, 2011). Para el autor, un mundo de espacio, sería un mundo que está ocupado pero no habitado, que está lleno de cosas existentes pero no tejido con las hebras del devenir de la vida. Incluso para Ingold, aquellas teorías que intentaron derrumbar la purificación moderna abriendo a la proliferación de híbridos (Latour-Haraway-Law), poco aportaron a la comprensión de la forma en que los humanos y no-humanos habitan el mundo. En esta lógica entonces, el paisaje pensado en términos espaciales nos propone una serie de objetos sobre una superficie, pero no el *enredo* de trayectorias de humanos en el fluir de la vida.

Sin embargo, aproximadamente al mismo tiempo, Doreen Massey publica un libro a favor del espacio: *For Space* (Massey [2005] 2008), abriendo a una conceptualización que sitúa “la vida en el espacio”, y que redirige y radicaliza la serie de reflexiones que la autora ha desarrollado en trabajos previos.

El argumento de Ingold es punzante y certero en todas las críticas que realiza a la conceptualización de espacio y sus limitaciones y consecuencias para atender a los procesos del devenir de la vida, sin embargo dos observaciones que se entrecruzan deben ser realizadas: en primer lugar, mientras Ingold rechaza al termino espacio por “abstracto”, “vacío” y “más alejado de las realidades de la vida y la expe-

9 Es importante atender que la totalidad del libro puede ser leído más contra una forma particular de definirlo que contra el espacio *per se*. El libro *Being Alive*, es una recopilación de trabajos y reflexiones que Ingold desarrollara a lo largo de casi diez años, en la década que va desde los primeros años del 2000 hasta la fecha de edición. Una serie de capítulos están dirigidos a pensar el espacio y el paisaje específicamente.

riencia” (Ingold, 2011) desacreditando incluso los esfuerzos recientes por reconceptualizarlo, el autor no asume la misma posición respecto a otro término como es el tiempo. Entonces mientras el tiempo es abierto al devenir de trayectorias/temporalidades múltiples y entrelazadas; el espacio es abstracto, vacío y estático. La relacionalidad que se aplica al tiempo no se aplica de la misma manera al espacio. Esta argumentación nos retrotrae a la vieja posición que separa tiempo y espacio, y mientras al tiempo se aplica una interpretación relacional, el espacio se mantiene como absoluto y estático. En este sentido, no se aleja mucho de aquellas posiciones fenomenológicas en antropología y geografía que sugieren ante la inminencia del espacio absoluto, geométrico -cartesiano- y abstracto, predominante del pensamiento de la Ilustración, al lugar o paisaje como el sitio donde temporalidad -e historia-, relaciones sociales y experiencia se encuentran y adquieren sentido. Aquí la estrategia de Ingold es similar, recomendando abandonar el término espacio por la metáfora de *weather-world*.

En segundo lugar y vinculado con lo precedente, lo que debe atenderse es que el término espacio concebido como superficie, vacío y geométrico posee una génesis histórica y está lejos de haber sido -y serla única experiencia del espacio. En este sentido, retomar las observaciones del reconocido historiador del arte Erwin Panofsky para argumentar sobre una concepción de espacio que va más allá del arte -incluyendo la ciencia- puede parecer arbitrario, sin embargo distintos autores han reconocido el papel del arte y sobre todo del desarrollo de la perspectiva artificial en el largo camino de transformación de la sensibilidad respecto al espacio en la sociedad moderna occidental.

En *La perspectiva como forma simbólica* Panofsky ([1927] 2003) observa la trabajosa y lenta transformación de las representaciones del espacio en el arte -y la arquitectura- desde la concepción medieval de “espacios de agregados” en el que los objetos se yuxtaponen sin tener en cuenta relaciones espaciales, al “espacio sistemático” “que la época moderna exige y realiza” (Panofsky, [1927] 2003: 26-27). Con esta inspiración, el epistemólogo e historiador de la ciencia P. Thuiller indaga la relación entre arte, ciencia y las transformaciones de la sensibilidad espacial en el renacimiento. Así, muestra cómo a comienzos del siglo XV los pintores y arquitectos del norte de Italia perfeccionan la primera teorización de la perspectiva con repercusiones en el pensamiento científico, al preparar el concepto de espacio sobre el que se basaría la mecánica clásica. Según este autor, para que la física matemática y experimental, e incluso teorías como las de Galileo y Newton, pudieran desarrollarse era necesario que las nociones de tiempo y espacio tuvieran ya cierto rigor. Y fueron los artistas, pintores y escultores, quienes intentando resolver problemas prácticos, los que

lentamente representaron un espacio homogéneo para posteriormente geometrizarlo (Thuiller, 1990: 124ss).

Por lo tanto, este espacio y esta geometrización debe comprenderse históricamente ya que no se corresponde con el espacio dado psicofisiológicamente a la vivencia inmediata del espacio¹⁰.

Pero a su vez, esto sólo se logra a través de un trabajoso proceso de “purificación” (Latour 2007) de las prácticas científicas, que se expresa en la forma en que el espacio se va apartando de lo psicofisiológicamente sensible para presentarlo como algo abstracto o especulativo.¹¹ Entonces, en un análisis más atento a las cuestiones y particularidades históricas y que atienda a la ciencia en proceso (Latour, 2008) se expresa más como el resultado de cuestiones prácticas y en relación con una serie de objetos e instrumentos, que reorganizaba a la vez el espacio real y la representación de dicho espacio (Thuiller, 1990: 151) que de una ciencia meramente especulativa.

Por lo tanto, interesa cerrar este apartando resaltando no sólo que el espacio vacío, abstracto posee una génesis histórica, sino también que es el resultado de una trabajosa práctica moderna de purificación.

Al respecto, si bien el trabajo de Descola no aporta nuevos elementos al análisis del paisaje, sí es perspicaz al vincularlo a la génesis del dualismo de individuo y naturaleza, observando “un dispositivo ontológico de índole particular, que sirve de basamento a la cosmogénesis de los modernos”, es decir una cosmología naturalista (2012: 109-110).

En los puntos que siguen atendiendo a aspectos mencionados previamente me concentraré en el paisaje y específicamente en el caso de Las Polinesias en Villa Allende.

10 Como indica Descola, a través del dispositivo de la perspectiva artificial -y el paisaje a través de ella representado- emerge “la construcción de un espacio racional y construido según reglas matemáticas... que sirve de punto de partida para la racionalización de un mundo de la experiencia en que el espacio fenoménico de la percepción se transpone en un espacio matemático...” (Descola, 2012: 102-109).

11 Panofsky y Francastel en el arte muestran este proceso indicando las trabajosas transformaciones en la perspectiva en busca de representaciones más estandarizadas, entre la *perspectiva comunis* de la Edad Media y la *perspectiva artificialis* del Renacimiento (En Geografía los estudios de Cosgrove, 1985; 1998). Esto es lo que encuentra de particular Merleau Ponty en la *Dióptrica* de Descartes y que se puede localizar también en los tratados *De la Pictura* y *Diez Libros* de Alberti siendo estos últimos considerados como una bisagra entre soluciones prácticas encontradas a través de la experiencia sensible y la sistematización teórica expresada en un modelo matemático geométrico. Thuiller (1990) muestra cómo estas prácticas y experimentaciones sentaron las bases para la geometría cartesiana y la matematización del espacio en la ciencia especulativa.

PAISAJES: HABITAR CAMINADO -DECONSTRUYENDO EL HORIZONTE-



Figura 4: Sendero utilizado por los habitantes sobre huella provocada por el agua

“... y bueno al paso del tiempo, empezamos a hacer la vida acá en Polinesias” (Beba). Vecina de barrio Las Polinesias.

*“el espacio liso ninguna línea separa la tierra del cielo”
(Deleuze y Guattari)*

Si usted conversa con algún antiguo poblador de Las Polinesias sobre las épocas pasadas del barrio, no tarda en surgir en el relato el *caminar* y los *caminitos*. Como decía una entrevistada, “... ¡caminitos eran todos caminitos!” (Isabel) o “por caminitos, íbamos caminando, a todos lados caminando” (Mabel).

Los caminitos eran las sendas o huellas que utilizaban los vecinos en sus actividades y la mayoría de los relatos sobre el barrio los retoman, así como los caminaban los propios habitantes al desarrollar sus actividades cotidianas. Otros entrevistados decían “el caminito era angosto y teníamos que trepar” (Mabel); “la rutina del barrio era... impresionante las lomas, las subidas...” (Beba); “eran huellas ondas... caminábamos más o menos por adentro” (Isabel)...; “tenían muchos espinillos, aromitos, plantas de piquillín, mucho churqui, era pinchudos, hacaban con el machete para hacer los caminitos y poder pasar” (Mabel), de esta manera podrían multiplicarse distintos tipos de referencia a los caminitos.

La historia del barrio y sus temporalidades pueden colaborar en

su interpretación. Las irregularidades que caracterizaron a este loteo explicarían que el área no fuera ocupada en la década de 1940¹². Sin embargo, en la década del '60 se radica aquí población que se dedicaba al trabajo en las canteras, en el horno de cal y en el matadero próximo. Otros habitantes combinaban estas actividades con la cría extensiva de animales sobre lotes fiscales en el área serrana, complementando con cultivos en pequeños valles. Muchas de las familias tenían más vínculos sociales y/o familiares con los “serranos” que con la villa. Las calles eran en su mayoría “picadas” como decían los lugareños, y salvo en pocos casos era posible el tránsito vehicular. La población se dirigía caminando a realizar las distintas actividades cotidianas, tanto hacia la villa, como hacia otras localidades cercanas como Saldán y La Cañera o las sierras (Ver mapa).

Por lo tanto, empezar “a hacer la vida acá en Polinesias” como dice el párrafo inicial de este apartado, tenía que ver, entre otras cosas, con caminar y recorrer estos caminitos en un entorno vivo. Implicaba más el caminar y moverse en un paisaje en proceso, que un paisaje mirado a la distancia. Siguiendo a De Certeau, con una historia que “comienza a ras del suelo, con los pasos (que) no se pueden contar porque cada una de sus unidades pertenece a lo cualitativo: un estilo de aprehensión táctil y de apropiación cinética” (De Certeau, 2007: 109).

Estos caminitos no se presentaban como aquellos que se pierden a la distancia según aparece en las típicas pinturas, fotografías e imágenes del paisaje, en donde la visión del horizonte separa la tierra del cielo siguiendo la idea de Deleuze, sino como caminos en los cuales tierra y cielo se articulaban en la experiencia del cuerpo (Ingold, 2011).

El debate acerca del ocularcentrismo y de “los peligros del privilegiamiento del ojo -o, al menos, de ciertos regímenes en los que se produce un dominio de la visualidad...” es presentado por Martin Jay ([1993] 2003). En este punto quisiera solamente indicar que nada indica que la vista deba ser interpretada por naturaleza como un sentido que impone una distancia sujeto-mundo.¹³ Por el contrario fue el pers-

12 No presentaba la mayor parte del trazado de calles, no poseían servicios básicos de agua y electricidad. Entrevista a Cosme, miembro de la primera comisión vecinal formada en el Barrio luego del proceso militar.

13 Jay ([1993] 2003) precisa este recorrido y muestra el papel ejercido por la crítica del ocular-centrismo francés. El mismo se presenta en los *regímenes de visibilidad y el panóptico* de Foucault, *la sociedad del espectáculo* de Guy Debord, *Bataille con la arquitectura y el poder*. Lefebvre denunciaba la *ilusión de transparencia* detrás de la visualidad, e incluso en Deleuze y Guattari cuando asocian el espacio estriado a lo *óptico*. Al mismo tiempo, en ciencias, serán las posturas feministas las que más han criticado al patriarcado de la visión y por lo tanto a la epistemología espectadora. La incidencia de esta crítica se manifiesta en el reclamo de Haraway de recuperar la sensorialidad de la vista como estrategia epistémica feminista.

pectivismo cartesiano el que hizo que “la inmersión participativa de modos visuales más absorbentes se redujeran, si no se eliminaban por completo”, al ampliarse la distancia entre espectador y el espectáculo (Jay, 1988: 8). En los trabajos de Merleau-Ponty se puede encontrar un énfasis por *tras-tocar* la visión, mostrando la inmersión participativa comprometida en el propio sentido de la vista (Merleau-Ponty, 1975; 2010). De un cuerpo que no está frente o separado del mundo sino que “pertenece al tejido del mundo” y de una visión que es posible no porque esté frente a las cosas sino que “se hace en el medio de las cosas” (1986: 17).

Esto me volvía a acercarme a la frase de Wilson que decía “... *vos venís un domingo, caminás por el barrio...*”. Es también significativo que los caminitos no surgen de un modelo cognitivo que supone un “proyecto”, un “diseño previo” o una “idea en la cabeza” como en el plano -recordar el modelo *hylemórfico* (nota al pie N°3)- sino del propio caminar. Mientras el plano trazaba un orden geométrico, los caminitos se extendían cuasi rizoma, internándose en las sierras, o dirigiéndose hacia la villa. Pero sería un error suponer que *sólo* conectan lugares que ya se encuentran previamente formados, como sería otro suponer que la línea recta que se imponía sobre el terreno, incluso de hecho, inscribía en la superficie una vez y para siempre el orden geométrico.

HABITAR CAMINANDO- CONSTRUIR HABITANDO

Ya hemos ingresado en lo que quiero expresar con la idea de habitar caminando. En *La época de la Imagen del mundo*, Heidegger indicaba que lo que buscaba poner en evidencia no era “una imagen del mundo sino el mundo entendido como imagen (Heidegger, 1996). Para Heidegger “que el mundo pueda hacerse imagen caracteriza la esencia de la Edad Moderna”. Una inversión en que nos encontramos frente al mundo pero difícilmente lo habitamos. Al respecto, en su renombrado trabajo “*Habitar, construir, pensar*”, Heidegger (1994), ponía en tensión las formas de construir ciudad de los planificadores y urbanistas. En este sentido, distintos autores inspirándose en el “dwelling” (Heidegger, 1994) reconceptualizarán paisaje desde la *perspectiva del habitar*. Frente a la “perspectiva del construir” -que prioriza la fabricación de los mundos sobre su vivencia-, sostiene que las formas en que la gente construye, sea en la imaginación o en el suelo, sólo surgen en el flujo de las actividades de la vida (Ingold, 2002). Whatmore y Hinchliffe retomaron la propuesta de Ingold para mostrar que el “construir” de los expertos -arquitectos y urbanistas, ingenieros y científicos en medio ambiente-, refuerzan “las formas mediante las cuales los habitantes de la ciudad son descalificados como agentes eruditos del proceso de producción” (Whatmore y Hinchliffe, 2008: 72). Frente a esto, los autores

señalan que la perspectiva “*del habitar*” permite analizar las formas creativas en que las propias comunidades producen paisaje en sus actividades cotidianas.

Pero Heidegger a pesar de hablar del caminar “senderos en el bosque”, permanece por demás arraigado o enraizado en el lugar o paisaje, una posición en que el habitar puede ser extremadamente inmovilista, estática y políticamente reaccionaria¹⁴.

Los habitantes recorrían los caminitos diariamente: para ir a la escuela los niños y niñas, a trabajar las personas mayores, sea en Villa Allende, Saldán, La Calera o en las diversas canteras internadas en las sierras. También muchos tenían familiares o familias amigas en las sierras y la experiencia era de dirigirse caminando. Durante décadas no entró ningún servicio de transporte al barrio, y los pobladores tampoco accedieron a vehículos particulares.

Dijimos previamente que sería un error suponer que sólo conectan lugares, como suponer que la línea recta que se imponía sobre el terreno inscribe de una vez y para siempre el orden geométrico, debido a que esto sería suponer, como dicen Massey (2008) o Ingold (2007) que la vida se vive en lugares más o menos delimitados y los senderos, huellas o líneas que dejamos y seguimos en nuestros desplazamientos, lo único que hacen es conectar estos lugares ya pre-formados. Esto significaría una ontología en que la vida se pone entre paréntesis mientras estamos en el movimiento de un lugar a otro (Ingold 2007, 2011). Más bien podríamos seguir el argumento de que “*la vida es la movilidad misma*” como dice Bergson en los textos escogidos por G. Delleuze (1977: 113).

Nos podemos quedar aquí, aunque en otro contexto, con la presentación que realiza M. Vilca respecto a la propuesta de Kusch, en relación al nómada de los desiertos andinos: “El va construyendo pequeñas “estancias”, cuando va llevando los rebaños, para guarecerse del tiempo inclemente.” Es así, que siguiendo estas reflexiones no se habita de forma inmóvil, o el famoso “mero estar” de Kusch no es el de un sujeto inmóvil y ya constituido, podemos pensar más allá y sostener que si es necesario guarecerse del tiempo inclemente es porque habitamos abiertos y en un mundo vivo.

Caminar es una práctica social, esto ya lo había observado M. Mauss en *Técnicas del cuerpo*. Por otro lado Merleau-Ponty realiza uno de los esfuerzos más significativos para “reencontrar” frente a la abstracción al cuerpo operante, “como un entrelazado de visión y movimiento” (1986:11). También han prestado atención al cuerpo y al caminar, De Certeau en *La invención de lo cotidiano*, Bourdieu desde

14 Se debe atender que Lefebvre (2013), sobre una particular lectura de Heidegger, propone una posición no inmovilista y políticamente progresista del habitar.

su teoría del *habitus*¹⁵ y Lefebvre en *Ritmoanálisis* -en el capítulo dedicado a la *dressage* (la doma)-, encontrándose en todos cierta familiaridad con Merleau-Ponty.

¿DE QUÉ TRATA SEGUIR CAMINITOS?

Los caminitos seguidos por los habitantes de las Polinesias pueden ser considerados como el resultado de sus propias idas y vueltas, más o menos zig-zagueantes según el relieve y/o vegetación. Esto es cierto, pero es solo una parte. Otros eran mantenidos además por las idas y vueltas de los animales, e incluso algunos formados por los surcos de agua como en las denominadas “huellas hondas”. Por esto mismo, los caminitos dependían del crecimiento de la vegetación, se encontraban afectados por los ritmos tanto de humanos como de los animales en sus idas y vueltas, y de la estacionalidad-verano/invierno, meses y/o periodos más secos o más lluviosos, etc-.

Podemos tratar de imaginar entonces de que trata seguir un caminito. Hagamos un ejercicio imaginativo: estamos caminando por un sector serrano de lomas de poca altura, pequeños valles más o menos amplios y áreas en que los valles se angostan levemente presentando una mayor pendiente. Algunas piedras o ramas de árboles en el suelo, algún arroyo que atravesar, y áreas que por algún motivo las hierbas y arbustos son más altos que otros. Este sería un paisaje típicamente serrano y también del Barrio Las Polinesias, según las descripciones pasadas.

La cuestión del caminar implica *una habilidad y/o destreza* (Técnicas del cuerpo usando la terminología de M. Mauss), con sus *movimiento y ritmicidad* (como sugieren Lefebvre, 2004; Ingold 2011) y un “acoplamiento de percepción y acción en *un cuerpo perceptualmente agudo*” (Ingold siguiendo a Gibson y Merleau-Ponty)¹⁶ a la textualidad del entorno, -digamos suelo, vegetación, relieve y todo aquello humano o no humano que tiene la capacidad de afectarnos.

15 Bourdieu aproximándose a Merleau-Ponty, indicaba que “un modo de caminar,... no sólo expresa pensamientos y sentimientos que ya han sido impartidos a través de la educación en los preceptos culturales.... Es en sí misma una forma de pensar y de sentir... en la práctica del movimiento de los caminante, se generan estas formas culturales” (Bourdieu, 1977, en Ingold y Lee Vergunst, 2008:2).

16 Se podría expresar en el “recruzamiento” que indica M. Merleau-Ponty “entre vidente y visible, entre quien toca y es tocado, entre un ojo y el otro, entre la mano y la mano” (1986: 18) Como indica Ingold, la diferencia entre Gibson y la perspectiva fenomenológica de Merleau-Ponty consiste en que el primero supone que el mundo en que el perceptor se mueve y explora es relativamente fijo y permanente, de alguna manera pre-preparado con todos sus *affordances* listos y esperando a ser ocupado por las criaturas que llegarán a habitarlo. Desde un punto de vista fenomenológico, por el contrario, el mundo emerge con sus propiedades conjuntamente a la emergencia del perceptor, en el contexto de la actividad en que se encuentran involucrados (Ingold, 2002).

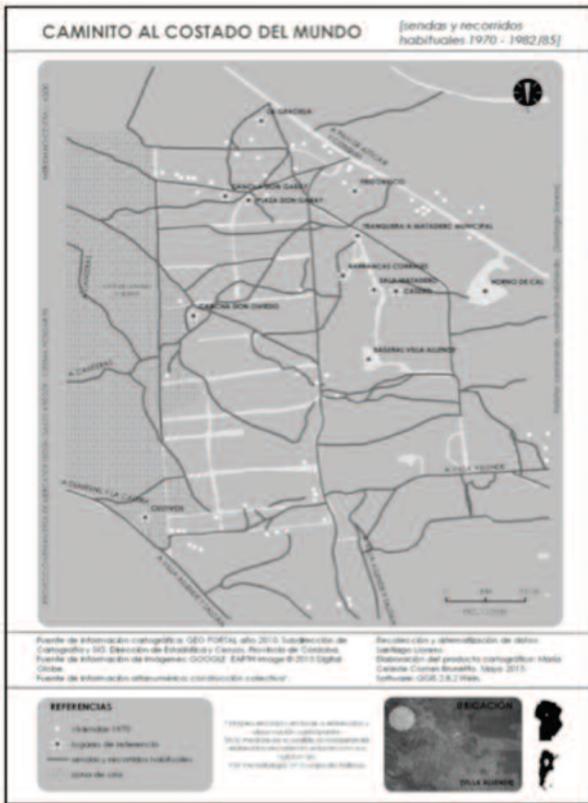
En términos del paisaje y los “caminitos” esto implica que en los sectores planos o con escaso desnivel, la huella se ensancha o se generan suaves huellas alternativas que se abren por aquí y por allá, siguiendo al sendero principal. En cambio, en las pendientes pronunciadas, la huella se vuelve más angosta. Tanto en un caso como en otro, si uno quiere seguir el caminito o abrirse del mismo tiene que monitorear el movimiento y su ritmicidad dadas las cambiantes condiciones (digamos del suelo, vegetación o relieve). Por lo general, no nos encontramos con estas cuestiones en nuestros desplazamientos cotidianos por la ciudad, y pareciera como si nos deslizáramos por cintas, sea pavimento o veredas anticipadamente niveladas (la continuidad flexible de las cintas de superficie, dice Simondon para referir a las rutas actuales). Sin embargo, cuando algo rompe la homogeneidad de la superficie previamente constituida, debemos nuevamente agudizar la percepción y el movimiento.

Al mismo tiempo, como en tantos otros lugares, caminar Las Polinesias no es únicamente caminar solo, es por sobre todo caminar con otros, con los amigos para ir a la escuela, con la pareja al salir por la tarde o ir de compras, con los amigos y/o familiares, cruzando la loma para ir al arroyo, o con los animales para aquellos que tenían animales, en un ambiente cambiante y vivo. Es decir que este ajuste entre percepción-acción-ritmicidad y entorno, también se ve afectada por otros, mis acompañantes de camino. Caminar, como realizar las actividades de “levantar una pared”, “tocar la guitarra” tiene características procesuales. Se apprehenden menos de manera cognitiva, por representación conceptual o clasificación que por experiencias prácticas, sensoriales. Pero además, es a través de estas mismas actividades o prácticas que los espacios son transformados a medida que se avanza en la actividad. La vida y el espacio se co-producen conjuntamente a medida que seguimos los caminos de nuestras actividades cotidianas.

Respecto al paisaje, aparece entonces un argumento más que debemos atender: Cuando Mabel me decía “el caminito era angosto y teníamos que trepar”; o Beba expresaba “la rutina del barrio era... impresionante las lomas, las subidas...” y “desde mi casa para donde voy es todo subida, todo subida”, es más la articulación compleja entre visión, cuerpo y movimiento como habitamos un paisaje a medida que lo construimos, que un registro visual a la distancia sobre un paisaje previamente constituido, sea en la realidad o en nuestra mente. Esto sería introducir nuevamente, desde una posición constructivista una multiplicidad de dicotomías: sujeto/objeto; mundo/concepto; cuerpo/mente.

SEGUIR LÍNEAS: CÓMO INTERPRETAR ENTONCES ESTA CARTOGRAFÍA

Lo que he intentado realizar en los apartados previos, es contrastar aquella ontología espectadora con una que nos devuelva “con la vida, la práctica...” (Lefebvre, 2013). Decía Bergson que *“como los torbellinos de polvo levantados por el viento que pasa, los vivos giran sobre sí mismos, suspendidos en el gran viento de la vida. Son, por tanto, relativamente estables, e imitan incluso tan bien la inmovilidad que los tratamos como cosas más que como procesos, olvidando que la permanencia misma de su forma no es más que el diseño de un movimiento”* (Bergson. Textos escogidos por Deleuze, 1977: 113)¹⁷. Entiendo que esta idea da la primera clave interpretativa del mapeo que se presenta a continuación.



17 La relación de Bergson con el espacio es contradictoria. Preocupado por la “duración” y la temporalidad, asociaba el espacio con la representación que fijaba las cosas y le quitaba vitalidad. Por una reapropiación crítica ver Massey ([2005] 2008).

Esta cartografía, que es provisoria -aunque siempre toda cartografía es provisoria desde este enfoque-, se realizó en base a las entrevistas y en la medida que fuera posible caminando el barrio con los entrevistados. En este punto interesa la apropiación que Ingold (2002, 2011) realiza de la idea de malla *-meshwork-* de Henri Lefebvre (1999) para tematizar los paisajes en Las Polinesias. Siguiendo a Lefebvre, Ingold señala que hay algo en común entre la forma en que las palabras se inscriben sobre una hoja, y la forma en que el movimiento y ritmos de las actividades de humanos y no humanos son registrados en el espacio vivido, solo si lo pensamos, como decía Lefebvre no como *texto*, sino como *textura*, no como linealidad sino como tejido. Atrapados en estos *enredos* varios, va a decir Ingold siguiendo a Lefebvre, cada monumento o edificio es más "arqui-textural" que arquitectura. Estos, a pesar de su aparente "permanencia y solidez (son) vivenciados procesualmente en las vistas, las oclusiones y las transiciones que se despliegan a lo largo de las miríadas de sendas o vías que toman los habitantes (...) al llevar a cabo sus tareas diarias" (Ingold, 2011: 11).

Autores de distintas disciplinas (Lynch, 2008; de Alba, 2004, 2007; Arruda y Ulup, 2007) han rescatado de la metodología de los mapas mentales la posibilidad de provocar respuestas no verbales referidas a las vivencias, a los espacios de circulación y de orientación práctica de los sujetos (de Alba, 2007). Sin embargo, la interpretación clásica supone que estos mapas son portadores de las representaciones sociales del objeto, por lo general una ciudad o parte de ella. Esta lectura meramente representacional de mapa mental es discutida por antropólogos como Gell (1985) e Ingold (2002).

Desde una perspectiva etnográfica, el caminar o desplazamiento, las narrativas orales y la fotografía, son analizados en profundidad en Pink. "Caminando con otros" dice Pink (2009), al experimentar el paisaje en el que los habitantes tienen una relación de cotidianidad uno aprende cosas sobre el paisaje, pero al mismo tiempo, se aprende sobre el individuo. Esto es fundamental para desarrollar una comprensión de la relación entre las personas que habitan en estos paisajes y aquellos factores o elementos -humanos y no-humanos- que manifiestan o han manifestado cambios físicos o sociales (Sise, 2007).

Al respecto Ingold (2002) argumenta que el desplazamiento cotidiano en los paisajes que habitamos -lo que denomina "*way-faring*"- es muy diferente a la navegación. Como indica el autor, a la pregunta ¿dónde estoy? no se la suele responder en términos de "un lugar en el espacio, determinado por la intersección de coordenadas" (Ingold, 2002: 237). La cuestión aquí no es que conocemos antes de ir, sino que "conocemos a medida que avanzamos" (Ingold, 2002:230. Destacado me corresponde). Para Ingold, los dibujos a los que el mapeo da lugar -

tradicionalmente clasificados como "mapas nativos" y "croquis"-no son tanto representaciones del espacio como de las historias condensadas. Por esto más que de un mapa -mental o artefactual- en los desplazamientos cotidianos deberíamos hablar de mapeo ("mapping"). No sólo porque el proceso cognitivo de construcción es diferente sino también porque "las formas de vida (*ways of life*) no están determinadas *a priori*, como rutas a seguir, sino que tienen que ser trabajadas cada vez, una y otra vez." (Ingold, 2002). Es decir se trata con espacios que no son estáticos y que por lo tanto se van reconfigurando.

Brown y Laurier (2005) y Laurier y Lorimer (2010), trabajan metodológicamente con la propuesta de Ingold en mapeos de paisajes cotidianos. Ellos sostienen que ante la situación de estar caminando por el barrio con un habitante del mismo, a la pregunta ¿dónde estamos?, raramente la respuesta indique un punto en un mapa, sino que más bien podrá mencionar el nombre del lugar y luego relacionar el nombre con algún tipo de historia sobre el lugar que se relaciona con su biografía, "aquí es donde me pasó tal cosa, o vi tal otra", o con una historia general, "estas viviendas se construyeron en tal momento para albergar a tales personas, esta plaza la hizo tal otra, por ejemplo." (Laurier y Lorimer, 2010). Esta misma situación sirve para identificar y describir los elementos en el paisaje, caminos, sendas, panorámicas y otros aspectos del mismo. Por lo tanto, y siguiendo a estos autores (Ingold, 2002; Brown y Laurier, 2005; Lorimer y Laurier, 2010), los mapeos en la práctica cotidiana, no necesitan un registro en el papel como propone la concepción tradicional de la cartografía, pero el investigador puede plasmarlo en formas de textos, gráficos, diagramas o esquemas siguiendo los registros de las prácticas cotidianas y textuales de los sujetos.

En estos, deviene un espacio de líneas, de senderos, de trayectorias, una "composición lineal" en el que el espacio se traza al mismo tiempo y en el mismo acto del trazar de las líneas. Como dice Deleuze "oponemos trazar líneas a establecer puntos". Toda vida está hecha de líneas, líneas que no están preestablecidas (Deleuze, 2005: 303). Ni humanos ni no-humanos, ni espacio ni cosas, están definidas por su forma sino por "un conjunto de relaciones hechas de movimientos y de reposos, de velocidades y lentitudes" (Deleuze, 2005: 309). Humanos y no-humanos, espacios y cosas, son un encuentro más o menos permanente de las líneas que los componen y sus historias. En definitiva esta es la propuesta que aparece en D. Massey al presentar el espacio como una "simultaneidad de historias" (2008) y al lugar y/o paisaje como simultaneidades provisionalmente entrelazadas de historias en desarrollo, inconclusas (2006, 2008).

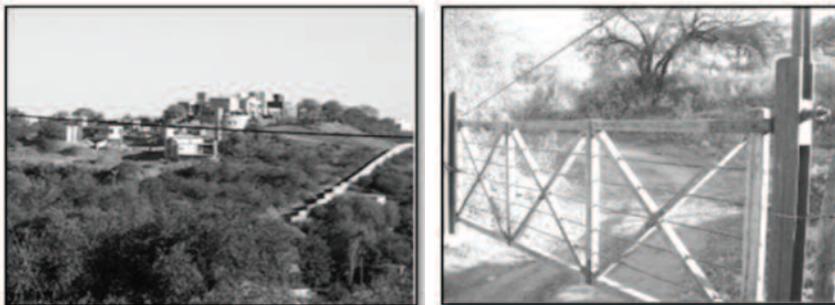
CONCLUSIÓN. “*TODOS ERAN CAMINITOS, CAMINITOS...*”

Figura 5 y 6. Fotografía S. Llorens

Como indica Ingold, cada caminito o sendero surge del caminar, del movimiento, como huellas acumulada por los innumerables recorridos que la gente efectuó a medida que avanzaban en sus actividades cotidianas. Así, el mismo movimiento es corporizado, por un lado en la gente, en su “conciencia muscular”, y por el lado del paisaje, en su red de caminos y senderos (Ingold, 2002).

Para concluir, interesa decir que este desarrollo centrado en el habitar y en el caminar, no debe hacernos olvidar los procesos estructurales que atraviesa el barrio. Desde fines de la década de 1980 e inicios de la década del 90, el barrio vive un marcado crecimiento y densificación hasta la actualidad en que se encuentra totalmente ocupado. Desde el año 2000 se asiste a una presión y especulación inmobiliaria que implicó que uno de los espacios colindantes del barrio se transformara en un barrio cerrado, mientras que otros dos se encuentran cercados y en reserva para ingresar al mercado de suelo urbano. Los senderos y caminitos que atravesaban estos espacios antes abiertos, se encuentran hoy interrumpidos por muros, tranqueras con candados, alambrados y guardias (Figuras 5 y 6).

Una de las entrevistadas me llevó a la tranquera lamentando que en estos tiempos no se permitiera el paso por allí. Su familia política había habitado en la zona serrana por generaciones, ahí estaba “la casa de la abuela”, “tenían animales que criaban a sierra, a campo abierto”, algunos comentan que “eran campos fiscales”. Hacia el 2010 los últimos habitantes del sector serrano se vieron obligados a dejar el lugar o directamente fueron desalojados judicialmente. Muchos de estos se relocalizaron en el barrio, ya que en definitiva por generaciones habían sido parte de este y de sus relaciones: hermanos, tíos, primos y amigos expresaban que barrio y sierras eran parte del mismo paisaje, ya que eran las actividades y las relaciones que los constituían a ambos relacionamente. Aquellos caminitos que en distintas direcciones se exten-

dían más allá del barrio y que ponían en duda sus delimitaciones, como las delimitaciones sencillas entre lo urbano y lo rural ya no son posibles. Aquí entra a jugar una geometría del poder (Massey, 2008) que pone en evidencia la convivencia entre política municipal y sectores inmobiliarios, que con diversas estrategias estetizan la política invisibilizando prácticas y políticas excluyentes a través de la producción de determinados modelos de paisaje. Cuestión a ser abordada en próximos trabajos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bergson, H. (1974) *Memoria y vida. Textos escogidos por Gilles Deleuze*. Alianza.
- Boixados, C. (2000) *Las tramas de la ciudad. Córdoba entre 1870 y 1895*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Bourdieu, P. (2007) *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brown, B. y Laurier, E. (2005) "Maps and Journeys: an Ethnomethodological Investigation". *Cartographica* 4(3), 17-33.
- Cosgrove, D. (1985) "Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea". *Trans. Inst. Br. Geogr. N.S.* 10: 45-62
- Cosgrove, D. (1998) *Social Formation and Symbolic Landscape*. 2º Edición. Wisconsin Univ. Press,
- De Certeau, M. (2006) *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*. México: Ed. Universidad Iberoamericana, A. C. Primera reimpresión en español.
- Deleuze, G. (2005) *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Ed. Cactus.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2008) *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos. Valencia.
- Heidegger, M (1994) "Construir, habitar, pensar". En: Conferencias y artículos. Traducción de E. Barjau, Serbal, Barcelona. En: http://www.heideggeriana.com.ar/textos/construir_habitar_pensar
- Heidegger, M. (1996) *La época de la imagen del mundo. Publicada en Caminos del Bosque*. Madrid: Alianza.
- Hirsch, E. y O'Hanlon (1995) *The Antropology of Landscape. Perspectives On Place And Space*. Oxford University Press.
- Ingold, T (2002) *The Perception of the Environment. Essay of livelihood, dwelling and skill*. Routledge, London. Edition published in the Taylor & Francis e-Library.
- Ingold, T. (2011) *Being Alive. Essays on movement, knowledge and description*. London: Routledge.
- Kusch, R (2008) *La negación del pensamiento popular*. Buenos Aires: Ed. Las cuarenta.

- Latour, B. (2007) *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Siglo XXI editores.
- Laurier, E & Lorimer, H. (2010) Other ways: landscapes of commuting, in *Landscape Studies* http://web2.ges.gla.ac.uk/~elaurier/habitable_cars/publications.html
- Lefebvre, H. (2013) *La producción del espacio*. Madrid: Ed. Capitan Swing.
- Low, Z. Y Lawrence Zuñiga (2003) *The anthropology of space and place*. USA: Blackwell Publishing.
- Marx, K. (1974) *La ideología alemana*. Barcelona: Ed. Grijalvo.
- Massey, D. (2006) "Landscape as a Provocation: Reflections on Moving Mountains". *Journal of Material Culture* Vol. 11(1/2): 33-48. SAGE Publications (London, Thousand Oaks, CA and New Delhi), pp. 33-4.
- Massey, D ([2005] 2008) *Pelo o espaço. Uma Nova Política da Espacialidade*. Bertrand Brasil.
- Merleau-Ponty, M. (1975) *La fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.
- Merleau-Ponty, M. (1986) *El ojo y el espíritu*. Barcelona: Paidós.
- Mitchel, D. (2007) "Muerte entre la abundancia: los paisajes como sistemas de reproducción social! En: Nogue J. (ed) *La construcción social del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva, pps. 85-110.
- Moyano, J. (2012) Política y sociedad en Córdoba (1870-1930) En: Cecchetto y Zusman (comp.) *La institucionalización de la geografía en Córdoba. Contextos, instituciones, sujetos, prácticas y discursos (1878-1984)*. Editorial: Universidad Nacional de Córdoba.
- Olwig, K. (1996) "Recovering the Substantive Nature of Landscape". En: *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 86, No.4. (Dec., 1996), pp. 630-653.
- Panofsky, E. ([1927] 2003) *La perspectiva como forma simbólica*. Barcelona: Ed. Fabula. 2º edición.
- Pastoriza, E. (2011) *La conquista de las vacaciones*. Buenos Aires: Ed. S. XXI.
- Pink, S. (2009) Principles for sensory ethnography: Perception, Place, Knowing, Memory and Imagination. En: *Doing Sensory Ethnography*. London: Sage ed., pp. 23-43.
- Romero, J.L (2014) *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Ed S. XXI.
- Silvestri, G. Y Aliata, F. (2001) *El paisaje como cifra de armonía*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- Simondon, G. (2007) *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Ed. Prometeo.

- Thuiller, P. (1990) *De Arquímedes a Einstein. Las caras ocultas de la investigación científica*. Madrid: Alianza editorial.
- Tognetti, L. (2000) *La banca comercial en la segunda mitad del siglo XIX*. Córdoba 1860-1890.
- Troncoso, C. (2013) "Postales hechas realidad. La construcción de la mirada turística y las imágenes que promocionan la Quebrada de Humahuaca". En: Lois y Hollman (cord.) *Geografía y Cultura Visual*. Rosario: Prohistoria ediciones.
- Vilca, M. (s/d) "Entre el arraigo y el exilio. Kusch y la crítica de la modernidad". En: <http://www.elortiba.org/kusch.html>
- Whatmore, S. y Hinchliffe, S. (2008) "Ciudades vivas: cómo hacer sitio a la naturaleza urbana". En: *Ciudades en (re)construcción*. Diputación de Barcelona Col. Estudios. Serie Territorio, 5, pp. 69-78.
- Wylie, J. (2007) *Landscape*. Routledge. Oxon. Published in the Taylor & Francis e-Library, 2007.
- Zusman, P. (2007) "Perspectivas críticas del paisaje en la cultura contemporánea". En: J. Nogué (ed.) *El paisaje en la cultura contemporánea*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.